

ROBIN WRIGHT y DOYLE MacMANUS

FUTURO IMPERFECTO

LAS CLAVES PARA INTERPRETAR EL FINAL DEL SIGLO XX

Por VICENTE HUESO GARCÍA

*WRIGHT Robin y MacMANUS Doyle. **Flashpoints**, editada en 1991 en Nueva York (edición española traducida en 1992 y publicada por Ediciones Grijalbo en Barcelona con el título «Futuro imperfecto»), 8 capítulos y 289 pags.*

Wright y MacManus son dos de los más influyentes corresponsales internacionales de los Estados Unidos. Entre los dos han visitado más de setenta países y cubierto catorce guerras. Wright ha sido candidato al premio Pulitzer en cinco ocasiones; en 1989 fue galardonado con el premio de la National Magazine por un trabajo sobre Irán. Está particularmente especializado en temas de Oriente Medio, habiendo publicado: *The Wrath of Militant Islam* and *In the Name of God: The Khomeini Decade*. MacManus fue candidata al Pulitzer en 1980 y obtuvo amplio reconocimiento por sus reportajes sobre América Central; es además autora de: *Landslide: The Unmarking of the President, 1984-1988* and *Free at last*.

Este libro está especialmente recomendado a todos aquellos que estén interesados en estudiar y reflexionar sobre las causas que han contribuido al cambio del orden mundial al final de la década de los ochenta. Los distintos puntos de vista expuestos a lo largo del trabajo son adornados con innumerables vivencias de los propios autores. El resultado es un libro

ameno y de fácil lectura, aunque en algunas partes de la obra se hecha de menos explicaciones más exhaustivas que expliquen las causas últimas de los acontecimientos que dichos autores están describiendo.

A partir de 1989, los acontecimientos mundiales se sucedieron muy rápidamente, la caída del muro de Berlín, la desaparición de la URSS, el fracaso del comunismo, el fin de la guerra fría, etc. Según los autores de este libro, han pasado casi quinientos años desde que la humanidad experimentara algo comparable. La última vez fue el comienzo de lo que tradicionalmente los historiadores llaman la Edad Moderna: las arriesgadas empresas de Cristóbal Colón y otros grandes exploradores geográficos, la formación de los estados modernos e imperios y los primeros lazos de comunicación entre continentes distantes. Los acontecimientos del principio de los noventa dispararon las expectativas de los que pensaban que nos encontrábamos en «el fin de la historia». Dos años más tarde llegó la guerra del Golfo, la explosión nacionalista en el Este de Europa, el resurgimiento de la religión y la eclosión de nuevos e inquietantes (para la conciencia occidental) movimientos sociales. Los hechos entonces parecían indicar otra cosa, quizá pudiera hablarse del fin de «una» historia, caracterizada por una cierta seguridad, y el comienzo de otra dominada por la incertidumbre. Ahora, Occidente observa, entre perplejo y temeroso, factores nuevos, o mejor dicho factores que han vuelto del pasado: nacionalismos e irredentismos, guerras religiosas, potentes migraciones que amenazan la estabilidad occidental, pobreza crónica, desconfianza generalizada en los mecanismos democráticos; un mundo en gestación, de bipolar a multipolar, donde no existen referencias nítidas. «Futuro imperfecto» analiza qué está sucediendo en el mundo después del fin de la guerra fría.

Aunque son muchos los que proclamaron un «nuevo orden mundial» después del final del sistema bipolar, Wright y MacManus sostienen la tesis que el debate internacional acerca del «nuevo mundo» ha sido confuso y poco convincente.

«El nuevo orden mundial ha sido empleado para definir el nuevo equilibrio de potencias, para establecer una nueva paz, sino también, implícitamente, nuevas democracias, nuevas economías de libre mercado, nuevas libertades de expresión y culto, y nuevo desarrollo, tecnología y progreso».

En definitiva el «nuevo orden mundial» ha sido utilizado por diferentes personas para definir cosas distintas. Para estos dos periodistas, es inco-

recto hablar de «nuevo orden mundial», ya que la observación de los acontecimientos acaecidos a lo largo de la historia demuestra que el advenimiento de los diferentes órdenes mundiales no ha sido de forma inmediata. La transición de la Edad Media a la Era Moderna duró dos siglos. La siguiente transición, la era de las revoluciones, que comenzó en 1776 se alargó tres cuartos de siglo. Aunque es evidente que en el presente los cambios sociales, políticos y económicos son más rápidos que en el pasado, la transición del anterior orden mundial, el bipolar, a otro nuevo puede continuar hasta bien comenzado el siglo XXI.

Las euforias desatadas ante el colapso del comunismo y el fin de la confrontación Este-Oeste, fueron, según ambos autores, fragmentadas por la primera gran crisis de la transición, la guerra del Golfo. Este conflicto vino a decir que el mundo de la posguerra fría «no era un mundo de armonía, sino de creciente desorden». La guerra del Golfo era la primera de la transición y probablemente, como luego se demostró, no la última.

La guerra del Golfo puso al descubierto ciertas fuentes de trastornos que marcarán, y de hecho está siendo así, la transición hacia ese nuevo orden. En primer lugar, este conflicto reveló que el poder en el mundo de la posguerra fría se estaba difuminando. Los Estados por sí solos no son capaces de solventar los conflictos presentes ni venideros, por eso «*la seguridad colectiva se ha convertido no en un ideal deseable sino en una necesidad*». El poder militar no es suficiente para imponer la voluntad, los factores económicos adquieren cada vez un mayor peso a la hora de llevar a cabo decisiones políticas dentro de la sociedad internacional.

En segundo lugar, la proliferación de las armas de destrucción masiva, especialmente la biológica y la química, en manos de los países más diversos, han convertido a cualquier estado, con independencia de su tamaño, en una importante amenaza militar. La proliferación de armas no convencionales ha representado un desafío sin precedentes prácticamente a todos los Estados, al hacer más vulnerable que nunca a la población civil ante un ataque a gran escala.

En tercer lugar, la guerra también demostró que el mundo, al contrario de lo que piensa Fukuyama en el «fin de la historia», está muy lejos de alcanzar la revolución democrática que comenzara en los años ochenta. El que todavía muchas naciones se encuentren bajo el arbitrio de un solo hombre, partido o una sola familia es un elemento de inestabilidad.

En cuarto lugar, las consecuencias de la guerra: los refugiados y los inmigrantes de docenas de países, el trauma de los rehenes de otros tantos y

la crisis económica mundial, pusieron de manifiesto la profundidad de la interdependencia mundial y, al mismo tiempo, su vulnerabilidad. La crisis del Golfo tuvo sus efectos a miles de kilómetros del epicentro. Los autores creen que la principal consecuencia de todo ello es que las crisis regionales habían dejado de tener efectos sólo y exclusivamente en el área en cuestión.

El «Futuro imperfecto» estudia las principales cuestiones que afectan a la sociedad mundial surgida después de la disolución del orden bipolar y los posibles factores de inestabilidad de la próxima Era.

Una de las primeras paradojas que se puso al descubierto al final de la guerra fría, con ocasión de la crisis ya mencionada del Golfo, era que la desintegración de uno de los polos, la URSS, del sistema dual que sustentaba el equilibrio mundial establecido después de la Segunda Guerra Mundial, no había supuesto la supremacía de los Estados Unidos en todos los órdenes. Washington necesitó para llevar a cabo acciones contra Sadam Hussein el apoyo político, militar y sobre todo económico de los aliados.

En opinión de los autores, ello fue debido a que:

«El final de la guerra fría significó mucho más que un simple alivio respecto al peligro de una espantosa y final guerra nuclear. El súbito desmoronamiento del comunismo a finales de los años coincidió con una oleada de cambio económico y tecnológico a nivel mundial»

Todos estos cambios afectaron a la dinámica del poder mundial, a juicio de Wright y MacManus, de diferentes formas. La primera indica que el poder ya no se fundamenta exclusivamente en la fuerza militar, sino que cada vez se centra más en factores económicos. El poder económico está ganando en importancia al militar.

«La era de las superpotencias acabó debido en parte al tipo de poder que poseían: el poder que les hacía «super» (arsenales de armas nucleares) fue poco a poco perdiendo importancia».

Ante esta nueva situación los propios ciudadanos y políticos pueden considerar una carga alcanzar el «status de superpotencia», pues supone distraer grandes recursos económicos en mantener un fornido músculo militar, mientras otras naciones invierten esos recursos en desarrollo económico. Así sucedió durante la década de los ochenta, EE.UU. gastaba en defensa el 7% del PNB, cuando Japón, por ejemplo, apenas alcanzaba el 1% de su PNB.

La supremacía del poder económico ha supuesto nuevas incertidumbres, ya que ese poder económico es más impersonal e incontrolable. Este hecho está produciendo un cambio importante en las relaciones entre los Estados, al descubrir que el incremento del comercio y el flujo financiero en el globo afecta a la capacidad de decisión de los Estados. Esta realidad incide directamente en las relaciones internacionales, apareciendo nuevos puntos de colisión entre Estados donde antes predominaba la armonía. Como señalan ambos autores:

«Paradójicamente, el ocaso de la Unión Soviética y la nueva difusión del poder han convertido a los victoriosos aliados de la guerra fría en adversarios, al menos en los asuntos económicos».

Segunda paradoja, el poder se ha difundido más que nunca. Un mundo multipolar no es nuevo en Occidente; a lo largo de la historia, desde el siglo XVI hasta la Segunda Guerra Mundial, fueron varios los períodos en los que se dio tal situación. Sin embargo, este mundo multipolar, según los autores, es marcadamente distinto a los predecesores por razones diferentes. Una, debido a que la diferencia de poder militar utilizable entre los países grandes y pequeños se ha reducido a efectos practicables. Otra, porque han aparecido más actores internacionales: organizaciones internacionales, gubernamentales y no gubernamentales, empresas, etc. Una tercera, por la pérdida de soberanía de los estados-nación, al no ser capaces de controlar cualquier fenómeno que ocurre dentro o fuera de sus fronteras, sea económico, social, medio ambiental o tecnológico. Esto ha llevado a los Estados, principalmente los occidentales, a renunciar a parte de su poder político en beneficio de organizaciones supranacionales como medio de competir en mejores condiciones por la riqueza e influencia en el mundo.

Por último, esa nueva redistribución de poder no ha traído una mayor armonía, más bien incipientes inestabilidades. La amenaza, al igual que el poder, se ha difuminado. La reestructuración del equilibrio de poder ha aumentado las diferencias entre los países desarrollados y subdesarrollados. Robin y Doyle creen que al haber desaparecido la lucha permanente por ganar mayor influencia entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, los países subdesarrollados han dejado de ser importantes para las superpotencias. Este abandono por parte de los países desarrollados está dando lugar a una serie de problemas a los gobiernos locales de los países del Tercer del Mundo. Esos problemas tarde o temprano afectarán a los países ricos. Por tanto, las diferencias entre el Norte y el Sur son un foco de inestabilidad en el futuro si no se toman medidas en el presente.

Otro fenómeno característico del siglo XX es el resurgimiento del nacionalismo por encima de la concepción del Estado. Según Wright y MacManus:

«Al fin del siglo XX las pasiones étnicas, nacionales, y religiosas hacen resurgir, con fuerza de un huracán, explosivos movimientos que desafían las premisas del estado moderno, tanto en oscuros rincones del mundo como en sus principales potencias».

Este hecho no sólo afecta a Estados heterogéneos, sino a los estados-nación considerados homogéneos. Los porqués a la crisis del estado-nación en las puertas del próximo milenio, en su opinión, son diversos. En un primer plano, el desmoronamiento de muchos estados-nación modernos se debe a que han fracasado los prolongados esfuerzos por integrar culturas diferentes bajo paraguas políticos más grandes.

En un segundo plano, aunque muchos estados-nación fueron artificiales desde sus comienzos, la ideología era el instrumento que servía para acompañar los distintos elementos dispares que formaban parte de los Estados. El fin de las ideologías ha puesto al descubierto esa artificialidad latente durante mucho tiempo y, lo que es todavía más importante, se ha demostrado que los nacionalismos tienen efectos más duraderos que las ideologías.

En un tercer plano, ante el fracaso de determinadas ideologías al exportarlas a otros países, especialmente al Tercer Mundo, los movimientos religiosos están ocupando el vacío dejado por las ideologías seculares. Así en Irán, después de la revolución de 1979, una teocracia fundamentada en preceptos religiosos y gobernada por el clero se convertía en realidad desde la Edad Media. Desde el punto de vista de estos dos periodistas, el ascenso de la religión como forma política es más una reacción que una iniciativa, debido al fracaso de esas ideologías.

Estos mismos factores que están contribuyendo a la crisis de los Estados: lazos étnicos, nacionales o religiosos, serán fuerzas que *«configurarán el siglo XXI como lo ha sido la ideología en el siglo XX».*

Las relaciones internacionales después de la guerra fría, como señalan los autores, no están presididas por la armonía, lo que significa que persiste el conflicto y, por tanto, sus manifestaciones armadas estarán tan *«presentes en el futuro como lo han estado en el pasado»*, pero con otras características a la vista de las enseñanzas de la guerra del Golfo. Para Wright y MacManus:

«Las décadas venideras podrían ser testigos de choques entre superpotencias y monstruos más pequeños, como Iraq, que ellas mismas han ido creando, como también de enfrentamientos con otros agresores bien equipados. Pero el coste y el impacto serán igualmente elevados».

Las guerras del futuro con respecto al pasado presentarán diversos cambios. Primero, los factores que contribuirán a los conflictos serán más variados en origen, tácticas y objetivos; por tanto, tendrán efectos más desestabilizadores sobre todo en el mundo en su conjunto. Segundo, la adquisición de armas por países del Tercer Mundo, especialmente las de destrucción masiva, incluida la nuclear, harán más probable la guerra y, además, una vez iniciado los enfrentamientos se requerirá la acumulación de importantes recursos materiales y humanos. Una vez más, Iraq está presente en las mentes de los autores al describir ese hipotético futuro. Tercero, mientras en los países occidentales se está teniendo éxito en llegar a acuerdos de control de armamentos, nuclear y convencional, estos intentos están fracasando en el Tercer Mundo. Además, la disminución de la capacidad de influencia política de las grandes potencias en los países en vías de desarrollo lleva a pensar que los conflictos serán más probables en el siglo XXI. Cuarto, las guerras de las décadas futuras serán mayoritariamente conflictos de «baja intensidad» entre milicias y bandas equipadas con armas convencionales. Las guerras estarán cada vez más circunscritas en el interior de los estados y las causas fundamentales serán pugnas por alcanzar el poder, la redefinición del estado-nación y rivalidades étnicas, nacionalistas y religiosas. Predominará lo que los autores denominan «el efecto libanización», es decir, la disgregación de los Estados.

La falta de armonía de la nueva Era tendrá también como resultante al terrorismo. Al igual que las motivaciones por las que se originan los conflictos han cambiado de razones ideológicas a económicas, religiosas o nacionalistas, también las raíces del terrorismo se irán orientando a causas similares. Los autores del «Futuro imperfecto», después de hacer un breve análisis de cómo ha evolucionado la amenaza terrorista en las últimas décadas, llegan a la conclusión que el terrorismo en los años siguientes va a seguir aumentando, pues *«consigue muchos de sus objetivos»*.

Otro fenómeno social que condiciona cada vez más la política internacional y también la de los propios Estados son los movimientos migratorios. Los autores subrayan que esto no es un hecho nuevo en la sociedad, pero sí creciente:

«La Edad Moderna es la primera que se convierte en sinónimo de traslado masivo a escala mundial: la dispersión de la humanidad para colonizar o establecerse en «nuevos» continentes; el embarque de esclavos de África y el trabajo contratado de asiáticos para construir el sueño del hombre blanco; las huidas de las pestes, hambres o plagas; el reclamo de las oportunidades de la Revolución Industrial; los desplazamientos durante las grandes guerras y los nuevos establecimientos posteriores. Pero se calcula que las nuevas migraciones van a sobrepasarlas a todos».

En efecto, un mundo cada vez más global y con mayores desproporciones, en términos de bienestar entre ricos y pobres, favorece los grandes desplazamientos humanos en busca de mejores medios de subsistencia. El común denominador, tanto de las migraciones internas como de las internacionales, ya no es, como antes, la opresión política ni la guerra; esta vez el motivo principal es la penuria económica. Además hay un tercer factor que motiva a ambas, un crecimiento demográfico cada vez más desigual entre países ricos y pobres.

Por tanto, en opinión de los autores, la falta de apoyo al crecimiento sostenido de las economías de los países subdesarrollados, por parte de los ricos, seguirá favoreciendo los movimientos migratorios, no pudiéndose frenar esa avalancha humana por la simple división fronteriza entre Estados. Esto va alterar la configuración política y económica del mundo. Las migraciones serán, y de hecho ya lo son, un factor desestabilizante del orden mundial. Este fenómeno fomenta el racismo y el nacionalismo en los países receptores de esta marea humana y el resentimiento y el desgarró social entre los que se desplazan. Finalmente, los autores llegan a la conclusión que:

«En un mundo cada vez más interdependiente, los males efectos de las presiones demográficas en cualquier parte tienen consecuencias adversas en todas partes», y concluyen: «las migraciones serán un potente componente de la reconfiguración de países y alianzas de la política, economía y movimientos sociales en todo el mundo, en los años noventa y siguientes».

El fracaso de las ideologías de corte marxista ha significado que tanto los antiguos regímenes comunistas como los sistemas autoritarios hayan experimentado una crisis de legitimidad. Por eso la mayoría de estos Estados han buscado esa legitimidad por medio de la democracia liberal. Pero también es cierto, que debido a la globalidad proporcionada por los medios

de comunicación, los ciudadanos bajo regímenes autoritarios asociaban de forma biunívoca democracia y prosperidad. La práctica ha demostrado que la transición a la democracia e incluso una vez en ella, no necesariamente traía consigo un mayor nivel de vida. Esta realidad ha provocado crisis de legitimidad en Estados con democracias nacientes, entre otros se puede citar a Bulgaria, Rumania o Albania a principios de los noventa. Otras veces, como destacan Wright y Mac Manus:

«En los países ajenos a la tradición cultural occidental, las ideas estadounidenses y europeas de pluralismo y diversidad han chocado a veces con doctrina sociales y políticas desconocidas»

En lugares como Oriente Medio con tradición islámica, o en el Este de Asia, con base confucionista, la implantación de la democracia ha tenido importantes desviaciones respecto a la concepción de la democracia liberal. La democracia, pues, estará en crisis donde predomine la pobreza, ya que si la autoafirmación de ésta no va acompañada de mejores medios de subsistencia, existirá siempre la tentación de volcarse a otras formas de gobierno.

En definitiva, de todo lo expuesto, los autores de esta obra quieren hacer llegar a los lectores que nos encontramos en una fase de transición entre el orden bipolar y el que ha de venir. Este período, al contrario de las esperanzas iniciales depositadas, no se caracteriza por el orden, más bien por la diversidad.

«La nueva estructura del orden es cada vez menos jerárquica; reconoce la legitimidad y los derechos, tanto de los individuos como de las naciones en ambos extremos de la escala. En consecuencia, el poder para dirigir el destino del mundo ya no está sólo en manos de unos pocos, sino que gradualmente se está repartiendo entre los muchos jugadores mundiales. En un sentido, la nueva idea de orden es la extensión del pluralismo democrático a escala mundial».